



A Después de la separación, es fundamental que los padres logren una mínima relación de diálogo y colaboración, centrada en el hijo.

Los hijos sólo pueden crecer armónicamente e ir aceptando, con el tiempo, la separación de sus padres, si estos mantienen una mínima relación de diálogo y colaboración centrada en ellos. Son necesarios, dos requisitos:

El primero es que los padres, dentro de lo posible, lleven la separación física al ámbito de sus emociones. Y sobre todo, que su conducta en todos los terrenos sea coherente con esa separación. Que aprendan a respetar la privacidad del otro y a no usar a los hijos en un afán de permanecer de algún modo juntos.

El segundo es mantener un diálogo, aunque sea mínimo, centrado en ellos. A veces, es este requisito el

que más cuesta lograr: algunos padres se agreden, desconfían uno del otro, se descalifican mutuamente y pueden llegar hasta la extorsión. Lo más grave es que cada parte descubre que los hijos son instrumentos eficacísimos para torturar y castigar al otro. La experiencia indica que los medios más bajos, son usados. A veces se convierte a los hijos en mensajeros conscientes o inconscientes de mensajes, verbales o no. Este tipo de relación entre los padres separados afecta muchísimo a los hijos. Genera en ellos sensaciones de desamparo y angustia que les dificulta crecer bien.

Los acuerdos básicos

- El primero de los acuerdos será la forma en que presentan a los hijos la separación: cuándo les hablarán, quién y cómo.

- Es conveniente también que convengan en cómo informar sobre la separación en los colegios de sus hijos. Y el modo de ayudarlos a comentar ellos mismos la noticia a los amigos y demás personas con quienes se relacionan habitualmente.

- El acuerdo fundamental gira en torno de la tenencia de los hijos. En nuestro medio lo común es que vivan con la madre y sobre todo cuando se trata de niños de corta edad, por lo general es también lo más adecuado. Cuando van creciendo, otros factores entran en juego y

la decisión se hace más compleja. De todos modos, siempre la decisión debe ser pensada, discutida y convenida expresamente por los padres.

- Cada progenitor asumirá la responsabilidad de la organización de la vida hogareña durante el tiempo que pase con sus hijos. Esto se refiere tanto a la administración del dinero y a la elaboración de un presupuesto, como a la responsabilidad de ejercer una sana influencia y poner límites durante el tiempo que los hijos conviven con él. El otro no contradecirá sus decisiones delante de los hijos; si la cuestión reviste importancia podrá discutir luego las medidas con quien las tomó.

- Los padres deberán acordar qué tiempo semanal pasará cada uno de ellos con sus hijos.

- Otro acuerdo importantísimo es el referido a los alimentos.

Si la comunicación es fluida, los acuerdos no permanecerán rígidos. Se irán adaptando a las necesidades de los hijos y a las posibilidades de los padres. Tanto el tiempo de convivencia semanal de cada progenitor con sus hijos como la contribución en dinero variarán con la edad de aquellos y otras circunstancias.

- Si es posible, las zonas de diálogo sobre los hijos no han de limitarse al régimen de visitas y a los alimentos, sino que se extenderán a los colegios, los deportes, los amigos, etc. Sobre todo, es importante que los padres se comuniquen mutuamente los cambios que observan en





sus hijos. No siempre los dos perciben lo mismo, muchas veces éstos muestran aspectos diferentes a cada uno. Dialogar sobre los cambios les ahorrará dolorosísimas sorpresas, en especial cuando los chicos llegan a la adolescencia.

En resumen: de la calidad del diálogo, de los acuerdos y de la colaboración dependerá la calidad de la vida de los hijos y de los padres.

B Después de la separación, es importante que el padre esté muy presente en la vida de sus hijos.

Los hijos necesitan del padre. ¿Qué pasa si está ausente?

Es común que se piense que los hijos precisan de la madre. Pero a veces se olvida que la figura del padre es igualmente importante.

Este es el punto crucial de la separación: un padre cuya figura resulta borrosa para el hijo retrasa su evolución, lo lleva a imaginarlo como un "héroe" o como un "villano" y le impide adquirir una adecuada confianza en sí mismo y una buena integración de su identidad. Esto tiene graves repercusiones que se pondrán de manifiesto en la adolescencia.

La función paterna es asumida a veces por un abuelo, un tío o la nueva pareja de la madre. Pero el padre sigue siendo el padre, y si está ausente no le dejará al hijo un modelo que, en su momento, le permita llegar a ser un buen padre él mismo.

La convivencia del padre con los hijos

Ya hemos dicho que, cuando los padres se separan, por lo general uno de ellos convive más tiempo con los hijos que el otro. Al primero se le adjudica la mal llamada

"tenencia" y al otro el peor llamado "régimen de visitas". En realidad, cada uno de ellos pasa con sus hijos más o menos tiempo, durante el cual influye directamente sobre su crianza, educación y crecimiento.

Muchas veces es el padre varón quien convive menos tiempo con sus hijos. Ese tiempo es el núcleo de su comunicación, y es también una fuente insustituible de satisfacciones. Para muchos hombres, que antes de la separación eran indiferentes hacia sus hijos, esa convivencia constituye el mejor momento de la semana.

No se trata sólo de divertirse...

El padre que convive menos tiempo con sus hijos, por lo general lo hace durante el fin de semana y las vacaciones. Al no haber obligaciones, se piensa que es un tiempo de esparcimiento y diversión, y sin duda que lo es. Pero esto no es lo más importante. El padre puede aprovechar este tiempo libre para tener con sus hijos un diálogo más profundo, y para intervenir activamente en la parte educativa. Su comunicación con los hijos se hará más íntima, hasta llegar a compartir muchos aspectos nuevos. Para esto, es muy importante que el padre tenga un lugar en su casa, aunque sea muy modesto, destinado a sus hijos: éstos deben sentir que esa también es "su casa", aunque pasen en ella menos tiempo que en la otra.

No existe un "padre de fin de semana". El que convive menos tiempo con el hijo, no por eso puede dejar de lado otro tipo de tareas. El también deberá acompañar a sus hijos al pediatra o a la psicopedagoga, hablará con la maestra o el profesor, asistirá a las reuniones escolares, de catequesis, etc., o a la eventual terapia psicológica del hijo. La presencia del padre en el colegio, el consultorio o la parroquia, jerarquiza

esos lugares y hace que el hijo aproveche mucho mejor la tarea de los profesionales encargados de enseñarle, de curarlo, etc.

En resumen: el progenitor que convive menos tiempo por semana con el hijo de ninguna manera influye menos que el otro en su crianza y educación, ni es menos responsable que el otro.

¿Qué significa la contribución en dinero para la vida del hijo?

El hijo debe sentir que el padre lo quiere, tanto por el tiempo que pasa con él, como por el compromiso con que asegura su desarrollo y educación, a través de una contribución en dinero.

Si las dos cosas faltan, el hijo se siente abandonado.

Resumiendo: el modelo de un padre que, a pesar del esfuerzo que implica, cumple con los aspectos expuestos, servirá a los hijos como modelo, a pesar de la separación, para construir en el futuro su propia familia sobre una base de amor y responsabilidad.

C Después de la separación, es importante que la madre acepte el desafío que se le plantea y encuentre un nuevo punto de equilibrio.

La relación entre la madre y sus hijos: ¿qué riesgos afronta ahora?

La ruptura trae problemas especiales, que exigen de la madre una mayor lucidez y espíritu de lucha para cumplir dos tareas importantes. La primera - sobre todo cuando es ella la que convive mayor tiempo con los hijos- es crear un clima propicio donde ellos puedan crecer con confianza, sin angustia, inseguridad o tristeza.

Es común que la madre se deprima, ya que toda separación implica una





profunda pérdida. A esta herida en la autoestima puede sumarse una sensación de soledad, de desubicación social y de desamparo económico. Su tristeza afectará la relación con sus hijos.

Puede ocurrir entonces que alguno de los hijos se transforme en el protector de la madre, o que ocupe el lugar del padre ausente; a veces dormirá con ella, la suplirá en la conducción de las tareas del hogar y en la educación de los hermanos, la aconsejará en las decisiones a tomar, la criticará por sus vacilaciones, etc. La madre puede convertirse en la hermana, la hija, la novia o la socia de sus hijos. Si esta situación se hace crónica, inhibirá la evolución normal de ellos, porque llevarán una carga desproporcionada a su capacidad.

A veces la soledad puede transformarla en una madre sobreprotectora, en especial si tiene un solo hijo. Se llena de miedos exagerados, los racionaliza y arma sobre ellos la vida del hogar. El chico es malcriado e incapaz de alcanzar una progresiva independencia.

O quizá la madre vuelva a ser hija antes que madre, y se refugie y delegue sus funciones en sus propios padres. Los abuelos maternos, en vez de intentar tenerla nuevamente como hija y suplirla en su función de madre, deberán apoyarla para que pueda desempeñarla adecuadamente.

La madre no debe ser un obstáculo entre los hijos y el padre

La madre, ante todo, debe estar alerta a las palabras y a la conducta de todos los días: tratará en lo posible de ir eliminando el menosprecio y el resentimiento para no desfigurar la imagen del padre. Poco a poco, procurará reencontrar las cualidades que alguna vez apreció en él y se las comunicará a sus hijos. Así,

algunas madres pueden recordar los momentos en que la pareja fue feliz, en que desearon tener esos hijos y se alegraron con sus nacimientos.

Si se esfuerza, la madre podrá dar a sus hijos la imagen del padre real que tienen, con sus virtudes y defectos. A la vez, irá descubriendo los matices de su propia historia personal y la parte de responsabilidad que le cupo en la ruptura. Este hallazgo le servirá para conocerse y madurar como persona.

EPILOGO: PERDONARSE Y PERDONAR

Los padres separados pueden construir otro tipo de unidad que sirva a sus hijos. Esto no implica una reanudación de la vida en común, sino la búsqueda de una separación sana. La lograrán si son capaces de perdonarse cada uno a sí mismo y perdonarse mutuamente. Será difícil, pero con el tiempo podrán hacerlo. Es la única garantía de que la experiencia vivida, tan dolorosa, les permita un enriquecimiento personal. Y de que sus hijos presenten un buen modelo, a pesar del sufrimiento.

... Y post-epílogo

Cuando alguno de los miembros de la pareja separada forma una nueva unión y la situación se "oficializa", la estructura familiar se hace más compleja. Esta complejidad aumenta si el tercero o la tercera tiene ya hijos, o éstos nacen de la nueva unión.

En este caso hay que realizar una tarea de adaptación que exige por parte de todos mucho respeto, prudencia y auténtico afecto.

Aunque en un primer momento a veces parece utópico, puede aspirarse:

- a que quien se siente afectado por la nueva unión controle sus impulsos y cuide su propia imagen delante de sus hijos;

- a que respete la imagen que éstos tienen del otro progenitor;

- a que los afectos de los hijos sean respetados. La nueva unión no debe perturbar el vínculo que tienen con el otro progenitor. Debe permitírseles seguir su propio ritmo en el acercamiento a la nueva pareja: ni seducciones ni imposiciones. Tampoco debe impedirse, destruir ni obstaculizar tal acercamiento. a que los hijos, que sin duda han percibido la aparición del tercero, puedan hablar sobre esta situación tanto con un padre como con el otro, y no queden entrampados por una doble lealtad: no deben traicionar a uno, pero tampoco deben ocultar los hechos al otro.

Esta comunicación permitirá llegar a nuevos acuerdos muy difíciles: cómo y cuándo los hijos se relacionarán con el tercero que ha aparecido; cómo se modificará el contacto con cada progenitor para adaptarlos a las nuevas circunstancias; cómo se desligarán las relaciones económicas entre los padres separados de las nuevas cuestiones afectivas en juego, con las que inevitablemente se mezclan.

Editado por Johana Balarezo a partir del artículo de Eduardo Cárdenas.

